

Qué fue lo que el Buda descubrió

Por Magnum Astron

LA GRAN AVENTURA

Sidarta despertó de su sueño y miró el amanecer; el Sol había dejado el techo celeste encendido de arrebos y la Naturaleza mostraba su alegría en la sonrisa de las flores. El príncipe miraba la gran muralla que lo aprisionaba en la cárcel de oro, y se preguntaba:

—¿Habrá una tierra donde la dulzura de la verdad no permita la duda, ni exista allí el dolor ni el terror por la muerte?

—¿Existirán playas doradas donde el cielo y el mar se junten con amoroso abrazo sin temor a violentas tempestades?

—¿Existirán bosques de eterna primavera y campos fragantes donde flores multicolores vivan sin el temor a ser cortadas?



— ¡Oh no! Sólo pensamientos de ilusión y ensueño; la cruda verdad es que, hasta en los confines del mundo y hasta que termine la vida en esta tierra, el sufrimiento será el último en alzar su infame vuelo hacia otros planetas, en embrión, que aún esperan la vida para comenzar la misma y cruel historia.

Un día le preguntó a **Chana**, el fiel cochero que siempre lo asistía y protegía: — ¿Qué hay más allá?

—Más allá de esa cumbre blanca hay unos campos, luego unas montañas cada vez mas altas, y luego más campos y reinos en los cuales mi señor príncipe y su padre son los amos y señores hasta sitios indefinidos.

Por extraña coincidencia, esa misma mañana, el rey Sudodana pensaba: —Es fácil forjar una corona, pero es difícil preparar al que debe llevarla; es fácil procrear un hijo pero es difícil levantar un hombre de bien.

—Mi hijo no puede seguir ignorando el mundo. Ya está atado a sus obligaciones y, además, es inminente la llegada de su primogénito. Ya puede y debe ver la ciudad y conocer el imperio que un día gobernará con absoluto poder y gloria; ha llegado el tiempo.

Por tal motivo ordenó que la ciudad fuera engalanada con guirnaldas, flores y banderillas. Las casas extraordinariamente limpias; hombres y mujeres deberían presentarse a las calles con sus mejores trajes.

Los pregoneros, a golpes de tambores y rugidos de cuernos, anunciarían la gracia que caería sobre todos los vasallos que reverenciaran y se arrodillaran ante el al gran príncipe.

Un flamante carruaje halado por 4 briosos corceles fue preparado con todos los adornos y escudos reales. El rey comunicó la buena nueva a su hijo el cual, con gran emoción, recibió la esperada noticia, algo así como su libertad.

Llegó la esperada hora y Kapilavastú tembló de alegría. Todo relucía, parecía una ciudad encantada, un paraíso donde no había ancianos ni enfermos; ciegos ni mutilados, pobres ni esclavos. La muerte era el castigo para los responsables de cualquier visión que desagradara al príncipe.

El heredero subió al carruaje real acompañado por **Chana**. Las enormes y pesadas puertas de la muralla principal se abrieron con gran estrépito y hubo un estallido de alegría acompañado de una lluvia de flores multicolores.

Todos querían ver y reverenciar al príncipe escondido quien por vez primera mostraba su rostro de varonil belleza. Muchas mujeres lloraban emocionadas y se desmayaban. No resistían el ver de cerca a un reluciente príncipe quien les sonreía de una manera entrañable.

—Esto es bello de verdad —dijo Sidarta—: Mis súbditos son amables, ¿por qué no los había visto antes? Los amo a todos y sé que ellos me aman sinceramente.

El cortejo avanzaba felizmente y el resplandor solar alumbraba con fuerza sobre todas las cosas... y también sobre dos ancianos quienes, asustados por el alboroto, alcanzaron a salir de sus escondites miserables.

Pieles resquebrajadas dejaban ver sus esqueléticos cuerpos y, en las cuencas de sus ojos hundidos, lágrimas reseca colgaban de las pestañas. En sus bocas arrugadas no había dientes, respiraban con dificultad y tosían con frecuencia. Uno se apoyaba en el otro quien, a la vez, difícilmente se sostenía con un pedazo de palo.

—¡Chana! **¿Qué son esas cosas que a seres humanos se parecen?** El férreo guerrero, triunfador en cien batallas, palideció y por vez primera en la vida sintió miedo. Confundido respondió:



—Príncipe, tú no debes mirar.

—¡Chana! Respóndeme de inmediato— le ordenó a su protector. —Eso es la vejez —le respondió—, ellos fueron jóvenes como nosotros, pero la sangre que tienen es impura y les doblega las fuerzas; la piel se les ha reseca y sus huesos están porosos. Su vista es borrosa y el dolor los comprime.

—¿Por qué ocurrió esa excepción?

—Oh mi príncipe, no es excepción, a todos nos tiene que ocurrir lo mismo si vivimos más.

—¿A todos? ¿A mi padre también le ocurrirá eso?

—Así es mi amo, a ti y a mí también. — ¿Y a la dulce Yasodara? —Insistió el príncipe.

—Debo confesarle, mi señor, que a la princesa Yasodara tendrá que ocurrirle si vive mucho tiempo.

—¡Esto es imposible! —Respondió confundido el futuro rey—, ¿por qué a los ancianos de mi palacio no les ocurre lo mismo?

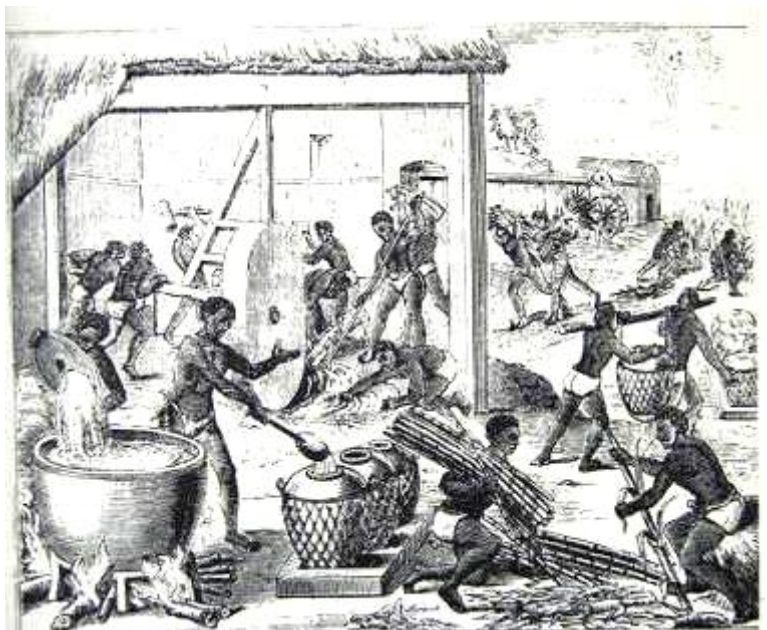
—Porque tu padre los iba retirando cuando empezaban a enfermar, respondió el guerrero.

—¡Iré a investigar—, dijo el príncipe y, con decisión saltó de la plataforma y se dirigió al sitio donde había observado el triste espectáculo.

En ese momento, los guardias, visiblemente asustados, habían retirado a los ancianos. Sidarta se dio cuenta donde los habían escondido y, abriéndose paso forzosamente entre la asustada multitud, corrió tras ellos seguido del confundido Chana.

Para colmo de males, los guardias habían llevado a los ancianos hasta un laberinto de la ciudad donde reinaba la miseria.

Los esclavos allí eran condenados a trabajar casi desnudos y en condiciones infrahumanas.



El cuadro era desolador sobre todo para los ojos puros de Sidarta que contemplaban, por vez primera, este macabro espectáculo escondido únicamente para él por su autoritario padre.



Aquí se dio cuenta que la grandeza en una parte es a consta de la decadencia en otra.

Continuó caminando, saltando por alcantarillas malolientes, y observó las catacumbas donde morían los desahuciados. Desde los bajos fondos subían quejidos lastimeros y se escuchaban gritos de desesperación.

A poca distancia miró aterrorizado un enfermo de lepra: Su rostro carcomido, sin ojos; por la piel de las manos se le salían los huesos y la carne se le caía en pedazos.

Gemidos ahogados producía aquel “cadáver que aún vivía” para soportar los dolores tan intensos de su cuerpo destrozado. El desconsuelo de sentirse abandonado y sin esperanzas ahondaba sus penas.

El príncipe, en su infinita compasión, sintió que el corazón se le estallaba en mil pedazos y se agachó para abrazar aquella alma triturada por el dolor. Sintió por primera vez en la vida que alguien le gritaba mientras se le escurría su existencia.

—¡Detente! —dijo Chana— no te acerques, no lo toques, esa es la enfermedad, gran príncipe, y te puede contagiar. Ese hombre parece muy viejo pero es joven, la enfermedad lo abatió.

—¿Cómo así? —Replicó Sidarta— a los jóvenes nunca les ocurre nada.

—No es así mi amado príncipe. Ese mismo mal se te puede traspasar a ti para luego llevarlo al palacio donde les podrá ocurrir lo mismo a tus seres queridos.

—¿Mis seres queridos? Yo los quiero a todos, incluyendo a este ser destrozado por el dolor. Dime, ¿qué le pasará después?

—La muerte— contestó Chana.

—¡Necesito ver la muerte!

EL FINAL DE TODA CARNE

Chana no tuvo alternativa ante la insistencia y la orden del príncipe. Lo condujo hasta donde ardían las piras. Al llegar al sitio se sintió el llanto de parientes y amigos que llevaban un cadáver para arrojarlo a las llamas.

Con horror presenció el príncipe cómo la carne estallaba en ampollas y cómo las venas reventaban en ríos de sangre mientras un olor a carne asada emanaba de ese macabro espectáculo.

Abundantes lágrimas brotaron de los ojos del príncipe. Eran los ríos desbordados de su alma herida de muerte. Había contemplado por primera vez, con todo su esplendor y pompa, las miserias de este mundo.

Quería tener alas sutiles para remontarse al infinito e indagar allí las causas de estas desgracias sin fin. Con razón se preguntaba: —¿Si Dios está dentro de mí ¿por qué no me escucha?

Desesperado habló: —Ya sé lo que es un cadáver... una prisión desierta. ¡Llévame al palacio, Chana, que ya vi lo suficiente!



Así fue. Las calles estaban vacías; la gente atemorizada había huido presurosa; temía las represalias del **rey el cual, enfurecido, esperaba en palacio para descargar su ira contra todos.**

Nadie se atrevía a acercársele; temblaba y sus dientes chocaban unos contra otros. Estaba cegado, su boca desencajada y rugía como un león recién atrapado.

De pronto, unos fuertes y calientes brazos lo abrazaron con fuerza... ¡Padre! No aguanto más, he visto el mundo como **es y debo partir, ahora mismo, para salvarlo.**